

La inculturación a la luz de los documentos magisteriales. Una introducción

Dr. Luis Martínez Ferrer¹

Premisa

Contemplando el pueblo guatemalteco, donde tanta importancia tienen las sangres indígenas, viene a la mente la potencialidad del mensaje evangélico que, ya en Pentecostés, nació universal.

Pienso que la inculturación, sin ser la cuestión pastoral más importante, sí que puede ser una de las principales, como han considerado los obispos y otros agentes de pastoral en diversas circunstancias, como la Conferencia del CELAM de Aparecida o el Santo Padre Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Es evidente que la inculturación es una dimensión clave en la evangelización, que abre hermosas perspectivas pero que no está exenta de riesgos. Por eso se impone, y así lo reconocieron, por ejemplo, los participantes al Simposio de Teología India de Riobamba (Colombia) en 2002, un conocimiento de los documentos del Magisterio sobre la inculturación como guía en esta acción pastoral.

Definiendo conceptos. La cultura

Para elaborar cualquier ciencia es importante tener muy en cuenta las definiciones de los conceptos claves, para poder avanzar con seguridad. El concepto de cultura ha recibido en los últimos dos siglos multitud de definiciones. Estas pueden ser reconducidas a dos ámbitos de significado:

a) Cultura en sentido intelectual, referida a la persona singular.

Hasta el siglo XVIII la cultura se refería al individuo singular, en un contexto de enriquecimiento intelectual y estético. Un individuo culto, cultivado por el estudio, es la persona refinada, erudita, con sensibilidad para apreciar la belleza musical, literaria, con capacidad de pensamiento que supera los estereotipos, de penetrar en lo menos evidente.

b) Cultura en sentido social, referida a un grupo.

Por supuesto que esta definición sigue siendo válida, pero a partir del desarrollo de las ciencias sociales del siglo XIX, la atención sobre la cultura se ha hecho más social y se refiere más a un grupo de personas que comparten una misma

¹ Conferencia pronunciada en el Seminario interdiocesano de la Asunción, Ciudad de Guatemala, el 30 de julio de 2014.

identidad, unos mismos modos de desplegar su naturaleza humana. Se puede hablar de cultura francesa, cultura andaluza, cultura quiché.

Que las dos formas de entender la cultura no se excluyen entre sí lo muestra la definición de cultura que ofrece el Vaticano II, en la Const. *Gaudium et spes* 53:

Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano.

Dos aspectos deseo destacar en la definición:

a) la combinación entre el aspecto individual y el social de la cultura: el hombre singular, que recibe tantos dones espirituales y corporales, los desarrolla y los pone al servicio de la colectividad, haciendo más humana la vida social. El hombre y la mujer no son seres que se proyectan en un entorno muy limitado, autoreferencial, podíamos decir. Por la cultura el hombre mira fuera de sí, se proyecta para recibir y para dar, se abre hacia Dios y responde a su amor. Y todo eso llega a ser una herencia, un entramado de obras, instituciones, costumbres que van a caracterizar a un pueblo como premisa para nuevos desarrollos.

En este sentido el Papa Francisco define la cultura como «el estilo de vida que tiene una sociedad determinada, del modo propio que tienen sus miembros de relacionarse entre sí, con las demás criaturas y con Dios» (*Evangelii gaudium* 115).

b) En segundo lugar, en esta definición es fundamental considerar que es el hombre el sujeto de la cultura. Si se analiza la frase original en latín, el hombre es el sujeto gramatical de la frase, es el que recibe, el que actúa, el que progresa, el que deja un legado: *homo multifarias dotes animi corporisque perpolit atque explicat*. La cultura no está por encima de la persona, sino al revés. Como decía Juan Pablo II, el hombre «es el único objeto óptico de la cultura, es también su único objeto y su término» (Discurso UNESCO 1980, 7).

Hace ya unos años, en Roma, mi maestro Pedro Borges Morán, gran historiador de la Iglesia en América, ponía este ejemplo: cuando los evangelizadores llegaron a América vieron muchos elementos hermosos y válidos en los indígenas, pero también otros indignos del hombre. Entre ellos estaban la promiscuidad de algunas tribus en las que los padres, hijos, hijas, y animales dormían mezclados en el pavimento de la cabaña. Los misioneros intentaron que los animales durmieran fuera, y que hubiera separación entre padres, hijos e hijas. Esto lo valoró Borges Morán como un esfuerzo positivo de dignificación de los indios. Había que cambiar ese aspecto de su cultura para su refinamiento personal, para su higiene, y, en el fondo para que fueran más felices, más capaces de recibir el Evangelio. Fue muy interesante la oposición que hizo una señora al profesor Borges Morán, porque afirmó que la forma de dormir era parte de la identidad de aquellas gentes, y los misioneros no tenían derecho a

inmiscuirse: la cultura estaba por encima de la salud física, psicológica y espiritual de los nativos².

Profundizando un poco más hay que decir que las culturas humanas necesitan de una cierta rigidez para poder mantenerse a lo largo del tiempo, de lo contrario no existirían las culturas ni las identidades. Y, al mismo tiempo, son estructuras flexibles: son sistemas, organismos estructurados con a) un núcleo profundo, que son los valores fundantes y criterios que hacen de arquitrabe de toda la cultura, b) unos niveles intermedios y c) unos aspectos exteriores, folclóricos, que muestran la identidad a nivel de danzas, vestidos, etc.

La Iglesia, llamada a evangelizar a las personas, se lanza a la transformación de los niveles más profundos de la cultura. Como bellamente expresó Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*

... para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación.

Este es el horizonte del que podemos partir para comprender mejor la inculturación.

Realidad y concepto de inculturación

La realidad del proceso de fecundación, valoración y purificación de las culturas por parte del mensaje evangélico, es antigua como el Cristianismo. Consideremos de nuevo el texto de Pentecostés.

«Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas» (Hech 2, 4). No eran lenguas enigmáticas, eran las lenguas de las gentes que tenían delante, «judíos piadosos, venidos de todas las naciones del mundo [...] cada uno los oía hablar en su propia lengua» (Hech 5-6). Es interesante tanto el hecho en sí como el relieve que le da el escritor sagrado (San Lucas):

«¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye hablar en su propia lengua?» (Hech 2, 8). Y después viene la famosa enumeración, que implica el trabajo de San Lucas de narrar con detalle el evento, pero más a fondo está el empeño del Espíritu Santo por recalcar que todas las lenguas, y por tanto todas culturas, reciben el mismo y único mensaje en sus propias categorías o maneras de conocer:

Partos, medos y elamitas, los que habitamos en la Mesopotamia o en la misma Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia Menor, en Frigia y Panfilia, en Egipto, en la Libia cirenaica, los peregrinos de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos los oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios (Hech 2, 9-11).

² Un resumen de esta problemática en Pedro Borges Morán, *Primero hombres, luego cristianos: la transculturación*, en IDEM (ed.), *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas*, BAC, Madrid 1992, pp. 521-534.

Es por tanto, un doble gozo: el de recibir las maravillas de Dios y el de escucharlas en la propia lengua. A este propósito la Comisión Teológica Internacional ha subrayado que

El día de Pentecostés, la irrupción del Espíritu Santo inaugura la relación de la fe cristiana y de las culturas como un acontecimiento de cumplimiento y de plenitud [...]. Mientras que la humanidad vive bajo el signo de la división de Babel, el don del Espíritu Santo se le ofrece como la gracia, trascendente y, sin embargo, muy humana, de la *sinfonía* de los corazones. La comunión divina (koinonía) (Hch 2, 42) re-crea una nueva comunidad entre los hombres, penetrando, sin destruirlo, el signo de su división: las lenguas (*La Fe y la inculturación*, 1987).

Con estas premisas podemos ya proceder a dar la definición de inculturación, tal y como lo ha expresado Juan Pablo II, el pontífice que más se ha ocupado del argumento. Una referencia fundamental es la de la encíclica *Slavorum apostoli* 21, que describe el proceso de inculturación como «encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y, a la vez, la introducción de éstas en la vida de la Iglesia». Se trata de un doble proceso que refleja el misterio de la Iglesia que aúna unidad y diversidad. El Evangelio debe encarnarse en cada cultura, no sólo adaptarse, debe penetrar en lo hondo de la cultura, y transformarla; el resultado será no ya una nueva cultura cristiana aislada, sino un miembro nuevo en el coro, en la sinfonía de los corazones cristianos.

Es muy interesante hacer notar que esta referencia a la inculturación se da en una encíclica con una fuerte dimensión histórica, en donde se celebra la obra de los santos Cirilo y Metodio, evangelizadores de los eslavos. Refiriéndose a estos dos santos del siglo noveno, Benedicto XVI recordaba que en la obra de evangelización de los eslavos, los dos hermanos se opusieron a la llamada “herejía trilingüe”, que sostenía que sólo se podía hablar de Dios en tres lenguas: hebreo, griego y latín. Pero ellos hicieron, por así decir, hablar a Cristo en eslavos. Para el Papa Ratzinger, «Cirilo y Metodio constituyen el ejemplo clásico de lo que hoy se indica con el nombre “inculturación”: todo pueblo –sigue el Pontífice– debe calar en la propia cultura el mensaje revelado y expresar la verdad salvadora con el lenguaje que le es propio» (Audiencia General 17 junio 2009).

Tenemos así un doble proceso virtuoso: la íntima transformación de una cultura concreta y la posterior expresión de la fe según la índole propia, y a la vez el enriquecimiento mutuo en el seno de la Iglesia universal.

No está de más hacernos eco de un documento de Juan Pablo II: el mensaje a los indígenas de 12 de octubre de 1992, V Centenario de la llegada de Colón al Nuevo Mundo:

Hace ahora 500 años el Evangelio de Jesucristo llegó a vuestros pueblos. Pero ya antes [...] las “semillas del Verbo” estaban ya presentes y alumbraban el corazón de vuestros antepasados para que fueran descubriendo las huellas del Dios Creador en todas sus criaturas: el sol, la luna, la madre tierra, los volcanes y las selvas, las lagunas y los ríos.

Es decir, con una visión muy positiva, el Papa subraya que la religiosidad prehispánica se basaba en un influjo de Dios. Y prosigue: «Todo esto, que los Padres de la Iglesia llaman las “semillas del Verbo”, fue purificado, profundizado y

completado por el mensaje cristiano, que proclama la fraternidad universal y defiende la justicia». Es decir, se hace alusión a la necesidad de purificar algunos elementos no dignos del hombre presentes en aquellas culturas (el fatalismo, los sacrificios humanos, la esclavitud, la explotación de la mujer, etc.).

Criterios de la inculturación

Podemos dar un paso más en nuestro discurso y hablar de los criterios que deben regir el proceso de inculturación. Los tomamos de la exhortación apostólica *Redemptoris missio* (nn. 52-54) de Juan Pablo II. El pontífice señala que los rasgos culturales deben superar la prueba de la «compatibilidad con el Evangelio y la comunión con la Iglesia universal». Los obispos deben realizar una labor de atento discernimiento, puesto que, dice el Papa, «existe el riesgo de pasar acriticamente de una especie de alienación de la cultura a una supervaloración de la misma, que es un producto del hombre, en consecuencia, marcada por el pecado. También ella debe ser “purificada, elevada y perfeccionada” (*Lumen Gentium* 17)». Hoy claramente estamos en un momento de excesiva valoración de las culturas indígenas, por el hecho de que son indígenas, sin tener en cuenta si algunos de sus elementos son infrahumanos. Pongamos un ejemplo pienso que evidente: si en una cultura determinada se practica el enterramiento de la viuda cuando muere el marido, el hecho de que sea una costumbre ancestral no le confiere la condición de “intocable” como signo de una “identidad”. Las culturas deben poder abrirse a criterios universales, de lo contrario pueden llegar a enquistarse, a convertirse en residuos arqueológicos.

Otro criterio fundamental de la inculturación es que debe seguir un proceso gradual, que requiere tiempo. Aquí vienen muy bien las palabras de Pablo VI en Kampala, en 1969: «Hará falta una incubación del misterio cristiano en el genio de vuestro pueblo, para que su voz nativa, más limpia y más franca, se alce armoniosa en el coro de la Iglesia universal».

Una incubación que no se improvisa, y que tampoco debe ser confiada a unos llamados “expertos”, como explica Juan Pablo II:

Finalmente la inculturación debe implicar a todo el pueblo de Dios, no sólo a algunos expertos, ya que se sabe que el pueblo reflexiona sobre el genuino sentido de la fe (*sensus fidei*) que nunca conviene perder de vista. Esta inculturación debe ser dirigida y estimulada, pero no forzada, para no suscitar reacciones negativas en los cristianos: debe ser expresión de la vida comunitaria, es decir, debe madurar en el seno de la comunidad, y no ser fruto exclusivo de investigaciones eruditas (*Redemptoris missio* 54).

La inculturación, subordinada a la evangelización, como la cultura a la persona

Llegados a estas alturas del discurso, hemos visto que la inculturación es una tarea urgente, pero al mismo tiempo difícil y delicada. Decía Juan Pablo II que es «un proceso profundo y global que abarca tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia. Pero es también un proceso difícil, porque no debe

comprometer en ningún modo las características y la integridad de la fe cristiana» (*Redemptoris Missio* 52).

En otras palabras, la inculturación no ha sido, ni es, ni será, la tarea principal de la Iglesia, sino sólo una dimensión subordinada a otra más importante: la evangelización, el encuentro de amor con Cristo en forma personal y comunitaria. ¿Qué es lo que busca la inculturación? Favorecer la evangelización. Con la encarnación del Evangelio en una cultura se posibilita la evangelización, una más profunda vivencia del Evangelio, porque la dimensión cultural es esencial en el hombre.

Y es que la cultura no está por encima de la persona humana, sino que está a su servicio. Como vimos con la definición del Vaticano II, la cultura afina a la persona, le lleva a desarrollar los dones recibidos, le mueve a comunicarlos.

Es decir, que la inculturación está al servicio de la evangelización, es una dimensión, importante, pero una dimensión. En ningún modo inculturación y evangelización pueden identificarse. Y esto es así porque la inculturación se ocupa directamente de la cultura, que es a su vez una dimensión relativa a la persona. Cristo no murió por salvar a las culturas, sino por salvar a todos los hombres.

Un excesivo y no matizado énfasis en la inculturación y en las culturas puede llevar a perder de vista la grandeza de la apertura de todas las personas hacia el bien, la verdad y la belleza. Este es el motivo, a mi juicio, que ha llevado a Benedicto XVI a ocuparse poco de la inculturación, muy poco si lo comparamos con su predecesor. El papa Ratzinger ha preferido hablar de diálogo de culturas, de interculturalidad, para evitar, quizás, la cerrazón de las culturas en sí mismas, sin posibilidad de medirse con criterios universales válidos para todos los hombres. Estos temores no son meramente teóricos, y seguramente pesaron en Benedicto XVI algunas experiencias concretas para no dedicar mucho espacio en su magisterio a la inculturación. No es que no usara el término –antes hemos citado una referencia– sino que le dio una importancia muy relativa.

El sincretismo

Entre las muchas problemáticas que encierra la inculturación quería referirme a la del sincretismo, porque es una cuestión particularmente insidiosa. Etimológicamente la palabra griega *sincreticos* hace referencia a lucha de dos adversarios contra un tercero. En particular tiene el origen en las poblaciones de la isla de Creta: cómo los cretenses –siempre divididos entre sí– se aliaban ocasionalmente ante un enemigo externo. Es decir, es una unión un tanto forzada, ocasional, no una síntesis profunda. En teología pastoral y misionera el sincretismo es el modo de describir la amalgama del cristianismo con una cultura o religión en forma yuxtapuesta, ocasional.

El sincretismo puede ser interpretado en dos formas³:

a) como momento inicial de un proceso de evangelización, en el cual conviven elementos cristianos con otros paganos, en sí mismo incompatibles, pero aún no purificados. Es lo que sucedió en buena medida en la primera evangelización de América, donde la mezcla de ídolos y misterios cristianos tardó en superarse, y los indios eran, con término náhuatl, *nepantla*, estaban “en medio” entre dos religiones⁴.

b) La otra manera de ver el sincretismo es como proceso finalizado, en donde se da por sentado que se ha hecho una buena síntesis entre el Evangelio y la cultura indígena, cuando en realidad no es así: se ha llegado a una mixtura donde el mensaje cristiano se ha subordinado a los patrones tradicionales de esa cultura o se ha hecho parte de ella, o es sólo una coloración folclórica de un núcleo pagano predominante. Todo esto es inadmisibles, y es una llamada de atención a los agentes pastorales: es una inculturación que ha errado el camino, porque no se ha puesto al servicio de la evangelización, sino de una cultura, muchas veces para provecho de una minoría, que desea seguir monopolizando el ascendiente en el pueblo.

El Pontificio Consejo de la Cultura lanzó en 1999 un documento, *Para una pastoral de la cultura*, que puede ser muy útil para enfocar el problema del sincretismo. La primera idea que debe ser retenida es que «el encuentro de la fe y de la cultura adviene entre dos realidades que no son del mismo orden». El Cristianismo, el Evangelio, no es una cultura que dialoga con otras culturas.

En la *Pastores dabo vobis* Juan Pablo II enseña:

ante las culturas más dispares y a veces contrapuestas, presentes en las distintas partes del mundo, [la inculturación] quiere ser una obediencia al mandato de Cristo de predicar el Evangelio a todas las gentes hasta los últimos confines de la tierra. Esta obediencia no significa sincretismo, ni simple adaptación del anuncio evangélico, sino que el Evangelio penetra vitalmente en las culturas, se encarna en ellas, superando sus elementos culturales incompatibles con la fe y con la vida cristiana y elevando sus valores al misterio de la salvación que proviene de Cristo (n. 55).

A veces se ha presentado el Evangelio como un huésped que se sienta a dialogar “en el petate” con las demás culturas y religiones americanas, en un diálogo en el que todos son amigos de igual categoría. Sin embargo, el Evangelio no viene sólo para dialogar, viene para traspasar las culturas, para llegar a las personas y que éstas se pongan en contacto vital no con una cultura, sino con Jesucristo. Como

³ Tomo ideas de Louis J. Luzbetak, *Chiesa e culture. Nuove prospettive di antropologia della missione* [tit. orig.: *The Church and Cultures. New perspectives in Missiological Anthropology*, Orbis Books, Maryknoll 1988], EMI, Bologna 1991, pp. 425-428.

⁴ José Rubén Romero Galván, “Padre no te espantes, pues todavía estamos nepantla”. *La evangelización como experiencia indígena*, en Alicia Mayer (ed.), *El historiador frente a la historia. Religión y vida cotidiana*, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Históricas. Serie Divulgación, 4), México 2008, pp. 149-165.

explica el documento citado del Pontificio Consejo de la Cultura, en Pentecostés los apóstoles no lanzaron un discurso cultural, no hablaron sobre las culturas, hablaron de Cristo, de las maravillas de Dios. El sincretismo, si se da, es una señal de alarma, una llamada a seguir trabajando hasta que las prioridades queden definidas y las personas encuentren la verdadera felicidad, que se da en la relación amorosa que Dios nos presenta en Cristo Jesús.

La inculturación y Papa Francisco

Como es sabido el Santo Padre fue uno de los redactores principales del Documento de Aparecida, y allí se vertió algo de su pensamiento sobre la inculturación⁵. No deseo aquí delinear un estudio del rico magisterio del Papa Francisco en la exhortación *Evangelii gaudium*, pero al menos sí quería subrayar, a modo de pinceladas impresionistas, algunos rasgos.

El Papa es tremendamente positivo ante los desafíos de la inculturación. Se parte de que la diversidad cultural es algo querido por Dios porque, como dice Santo Tomás, «lo que faltaba a cada cosa para representar la bondad divina, fuera suplido por las otras» (n. 40), de modo que entre todas las culturas, bien purificadas, se entiende, se pueda reflejar mejor la bondad divina.

No duda el Papa en afirmar que «es imperiosa la necesidad de evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio» (n. 69). Respecto a las culturas de antigua raigambre católica, y podemos pensar que es el caso de Guatemala, el rico patrimonio cristiano no puede quedar ensombrecido por algunas trabas. El Pontífice habla del machismo, el alcoholismo, la violencia doméstica, el recurso a la brujería⁶. Las dificultades no faltan, y son así descritas:

Es innegable que muchos se sienten desencantados y dejan de identificarse con la tradición católica, que son más los padres que no bautizan a sus hijos y no les enseñan a rezar, y que hay un cierto éxodo hacia otras comunidades de fe. Algunas causas de esta ruptura son: la falta de espacios de diálogo familiar, la influencia de los medios de comunicación, el subjetivismo relativista, el consumismo desenfrenado que alienta el mercado, la falta de acompañamiento pastoral a los más pobres, la ausencia de una acogida cordial en nuestras instituciones, y nuestra dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso plural (n. 70).

Son hermosas las palabras que el Papa dedica a la inculturación en la historia:

En estos dos milenios de cristianismo, innumerable cantidad de pueblos han recibido la gracia de la fe, la han hecho florecer en su vida cotidiana y la han transmitido según sus modos culturales propios. Cuando una comunidad acoge el anuncio de la salvación, el Espíritu Santo fecunda su cultura con la fuerza transformadora del Evangelio. De modo que,

⁵ Cf. Cardenal Jorge Mario Bergoglio s.j., *Cultura y religiosidad popular*, 19 de Enero de 2008, en www.inculturacion.net.

⁶ Como es sabido, en Guatemala gran parte del triste fenómeno de la brujería (culto al diablo) pasa por el pervertido culto religioso a Maximón. Cf. Abelardo Pérez, *Me llaman "Maximón". Satanás con corbata y sombrero*, Artemis Edinter, Ciudad de Guatemala 2013.

como podemos ver en la historia de la Iglesia, el cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que, «permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado» (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 40) (n. 116).

Un pueblo, pues, con muchos rostros, de forma que la Iglesia es la esposa de Cristo, adornada de tantas joyas. «Bien entendida –dice el Papa–, la diversidad cultural no amenaza la unidad de la Iglesia» (n. 117). Es el Espíritu Santo, como hemos visto en Pentecostés, el que logra el milagro de la unidad en la diversidad. Es por eso por lo que no hay que imponer una determinada forma cultural, por muy bella y antigua que sea, cuando evangelizamos un nuevo pueblo, por más que el Evangelio siempre lleva un determinado ropaje cultural. A este respecto destaca el Papa citando a su predecesor Juan Pablo II:

No podemos pretender que los pueblos de todos los continentes, al expresar la fe cristiana, imiten los modos que encontraron los pueblos europeos en un determinado momento de la historia, porque la fe no puede encerrarse dentro de los confines de la comprensión y de la expresión de una cultura (n. 118).

El Papa concede una gran importancia a la piedad popular, muy encarecida por Pablo VI y las Conferencias de Puebla y Aparecida. Allí fue definida como una verdadera «espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos» (n. 124). La piedad popular es el efecto del Espíritu Santo en un pueblo, que recibe una herencia y que a su vez trasmite esa herencia con formas nuevas:

Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación (n. 122).

Es una transmisión viva, más simbólica que objetiva, pero que llega consigo una gran carga teológica, que no se puede desperdiciar. Puede decirse, como afirma Puebla, que «el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo» (n. 122).

En un apretado y provisional balance, podemos afirmar que el Papa Francisco ha retomado con mucha fuerza el tema de la inculturación, dándole un impulso muy personal y positivo.

No quería terminar sin recordar una palabras de Juan Pablo en Guatemala, en su viaje pastoral de 1996. En su alocución en el “Parque Marte” del 6 de febrero decía a los religiosos y catequistas que no debían olvidar que «el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto, sino en íntima comunión con Cristo», en la línea de lo que hemos dicho de la prioridad de la persona y de la evangelización sobre la cultura y la inculturación. Así se refería al horizonte pastoral en estas tierras

¡Es necesario que *ningún lugar ni persona quede sin conocer el Evangelio!* Os invito, por tanto, a «llenar del Evangelio de Cristo» (cf. *Rm* 15, 19) las diversas regiones de Guatemala, y todos y cada uno de sus hogares: desde las selvas del Petén hasta el ancho valle del Motagua; desde las cumbres de los Cuchumatanes hasta las llanuras de la costa del Pacífico; desde las Tierras Frías del Occidente hasta los tórridos campos de Oriente; sobre todo allí donde los indígenas y campesinos necesitan vuestra atención pastoral. Ellos son, a veces, los más

afectados por la *penetración de las sectas* y de *nuevos grupos religiosos*, que siembran confusión e incertidumbre entre los católicos. Es necesario *potenciar vuestra acción evangelizadora*, siguiendo las directrices de los Obispos.

De ahí el hermoso reto de la inculturación, cada vez más actual.